

MARCO AURELIO: FILOSOFÍA Y DISCURSO ÍNTIMO

M. C. Salatino de Zubiría
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen:

La obra de Marco Aurelio es la manifestación final de la ética estoica. El Emperador de Roma vive continuamente en medio de muchas guerras por la defensa de su territorio. Pueblos germánicos atacaban sus fronteras en el noreste cuando puso en orden para sus amigos muchos pensamientos o notas recopiladas durante años. Estas notas tienen forma de un cuaderno de notas o de un diario íntimo y contenido filosófico. Las teorías contemporáneas de la autobiografía han estudiado estas formas y definen sus rasgos con precisión, pero existen múltiples diferencias entre la personalidad de los hombres antiguos y modernos. Esto vuelve espinosa la interpretación de los pensamientos aurelianos si usamos solamente los conceptos actuales de la literatura íntima. Nuestro artículo muestra estas dificultades.

Palabras clave: filosofía, diario íntimo, estoicismo romano, literatura del yo

Abstract:

Marcus Aurelius's work is the last manifestation of stoic ethics. The Emperor of Rome lives in the middle of continuous wars for the defense of his territory. Germanic peoples are attacking the north-east limits when he puts in order for his friends many thoughts or notes recopilated for years. These notes have the form of a notebook or diary and philosophic contents. The contemporary theories of autobiography have studied these forms and define their traits with precision, but there are multiple differences between the ancient and present personality of human beings. This reason makes it arduous to explain Aurelian thoughts if we use only the currents judgments of literature of intimacy. Our article shows these difficulties.

Key words: Philosophy, diary, Roman stoicism, literature of intimacy.

Fecha de recepción: 01/04/07
Fecha de aprobación: 15/04/07

La historia de grandes reyes u hombres de estado, que ha solido gozarse en los contrastes entre destino y vocación, presenta como uno de sus ejemplos más severos este del Emperador Marco Aurelio, sucesor de Antonino Pío.

Miembro de una familia augusta, esmeradamente protegido y educado por una madre inteligente y culta, sucesor al trono más importante de su momento y, sin embargo, falto de contextura y fortaleza físicas apropiadas, con tendencias al retraimiento reflexivo, amante de libros y objetos artísticos, de lo bello y armonioso, Marco Aurelio responde íntegramente al llamado de la tarea política y militar, pero su interior lo convoca al mundo silencioso de las palabras y su entretejida malla de ideas. Lleva vida de emperador y es, en la intimidad de sí mismo, sólo -nada menos que eso- un estudioso.

Con tamaña contradicción sobre los hombros vivió este hombre y tuvo, como muy pocos, una lúcida y valiente conciencia de ella. Como antes la de Adriano y la de Antonino Pío, su figura se yergue solitaria en medio de las turbulentas muchedumbres de aquellos tiempos. Los tres -raros, introspectivos, controlados, acabadamente romanos en su conciencia del deber para con ese estado que sostienen, ordenan y deben mantener- muestran la misma escisión entre vida pública y elecciones espirituales. Quizás también Adriano y Antonino se dieran a la escritura íntima. Muy lectores, de sólida formación artística y filosófica, amantes de las artes en general, no es difícil imaginarlos, semejantes a Marco Aurelio, entregados a la escritura de sus reflexiones personales.

La época imperial fue ámbito propicio para continuar algo que siglos atrás había florecido en los albores del genio latino: las diversas formas genéricas de la literatura del yo. Según E. Bickel, la escritura de memorias comienza en Roma “en la época de los Escipiones y de los Gracos”¹, momento rico para el desarrollo de la historiografía, los *Comentarii* y la autobiografía, índices de la aptitud del genio romano para expresar la personalidad de lo individual.

¹ Cf. Bickel (1987: 436 y 140).

Más allá de los *Commentarii* de César y del *Monumentum Ancyranum* de Augusto, de tono sobriamente historiográfico, Roma conoció memorias de carácter más personal y de las que quedan algunos restos como las de Agripina la Menor, madre de Nerón². Por lo demás, y fuera de estas manifestaciones genéricas específicas, lo autobiográfico tiñe la historia, la sátira y hasta la lírica y la elegía latinas que, coherentes con la constante realista del arte romano, muestran siempre en la zona de profundidad marcas de retrato o de autorretrato. Sin embargo, hacia tiempos de los Antoninos, el justo equilibrio augusteo entre formalismo griego y representatividad político-histórica evoluciona hacia un cierto idealismo que brota de un movimiento cada vez más barroco de las formas, inspiradas ahora de nuevo en el arte helenístico de Pérgamo³.

Idealismo, tendencias helenizantes, conciencia escindida del yo propia de una espiritualidad 'barroca'. Estos rasgos se vuelven evidentes en los *Soliloquios* aurelianos tanto en la férrea conciencia del deber ser que los atraviesa como hilo conductor y en el recurso a las posturas filosóficas helenísticas, como en la lengua griega que los configura y en el agudo desdoblamiento de una personalidad que muestra un dominio de sí suficiente como para actuar a la vez como sujeto de observación y como sujeto observado. Todo esto ocurre en la plena madurez de este hombre que, al responder a una ineludible necesidad interior, reúne, en serie fragmentaria y abierta, autorreflexiones carentes de ordenamiento lógico-causal, fundidas en un movimiento alterno constante entre los polos de la actividad auto-cognoscente y resueltas en la forma discursiva de un diario íntimo o de un cuaderno de apuntes personales.

Al leer el modo como esta interioridad se ausculta a sí misma, se define y dibuja ante la mirada atenta del propio sujeto, el lector de nuestro tiempo podría pensar que está frente a un movimiento espiritual análogo al que motiva hoy la escritura de diarios, cuadernos íntimos, autobiografías. Y en parte no se equivoca. Sin embargo, en

² *Ibid.*, p. 438.

³ Cf. Hatje (1971: 108-115).

este punto y ante el ingente desarrollo de teorías en torno a la literatura del yo en sus varias manifestaciones, cabe preguntarse si lo que hoy se entiende por personalidad, individuo o sujeto, incluye realidades espirituales verdaderamente homologables a las antiguas. Cuando se habla de 'personalidad' en nuestro entorno posmoderno, ¿se hace referencia a lo mismo que E. Bickel, según citamos, señala como el despunte de un rasgo muy romano en tiempos de la República Media?

Nuestro estudio intentará identificar en los *Soliloquios* de Marco Aurelio los rasgos específicos del diario íntimo o del cuaderno de notas personales, ahondando en aquellos que muestran la compleja espiritualidad del emperador con vistas a responder la pregunta planteada en el párrafo anterior. Respuesta que, creemos, arrojará algunos conceptos importantes a la hora de verificar el modo de recepción posmoderna de las obras de la antigüedad clásica.

Bajo el signo de Epicteto

La vigilante cautela materna determinó que Marco Aurelio creciera con los mejores maestros de su época. La Retórica, por esos años reina de las disciplinas humanísticas, casaba a la perfección con el espíritu ampuloso y vacuo del Imperio, su dilatada riqueza y sus vastas posesiones territoriales y llenaba de grandilocuencia el vacío de argumentos reales. Era presumible que el futuro emperador, que había demostrado desde siempre interés por la filosofía, abandonara al brillante y necio Frontón por la prudencia de Apolonio y la sobriedad estoica de Rústico, quien le cambió la vida al mostrarle el *Enquiridion* de Epicteto compilado por Arriano. La sabiduría de aquellas normas de vida dadas por un esclavo, enfermizo y débil, pero infinitamente fuerte en la sabiduría de su moral, no podían dejar de impresionar al joven también enfermizo y sometido a la irrecusable obligación de conducir el gobierno del Imperio. La antigua práctica pitagórica del examen de conciencia, familiar a Marco, debe de haber hecho costumbre este estarse frente a sí mismo como juez y como

parte, viviendo y viéndose vivir para alcanzar la excelencia de la virtud⁴.

Un número nada extenso de dogmas fundamentales estoicos llegó hasta Marco Aurelio de manos de fórmulas griegas, resumidas, claras, contundentes, listas para ser aplicadas directamente a las conductas diarias: la distinción entre las cosas que dependen de nosotros y las que no dependen, la certeza de que sólo en el hombre descansa el juicio sobre las cosas, de que pensamiento y voluntad son los verdaderos bienes interiores, de que todo lo demás es superfluo y debe dejarnos indiferentes, de que el sabio debe alcanzar ante cosas y sucesos resignación y renuncia (*sustine et abstinence*) y debe conformarse con el orden natural y necesario de los acontecimientos gracias a un sentido claro de la providencia universal immanente a todo lo que existe, admirada y venerada⁵.

Y es sobre todo⁶ el principio que recomienda “vivir según la naturaleza” el que echa raíces más hondas en Marco Aurelio, pues esto significa saberse parte de un orden gobernado por una ley universal y eterna que descansa en la disolución de todo lo existente, necesaria a una renovación total y periódica de lo creado. Esta condición, a la que nada escapa, justifica el esfuerzo espiritual que supone aceptarla y acordar la propia vida con ella, al tiempo que conjura un temor recurrente en el alma romana, el de la muerte⁷.

Quizás la idea del ‘guía’ o ‘dios interior’ sea la que con mayor insistencia aparece en el curso de los *Soliloquios*. Elemento divino del alma humana, emanado de la razón universal y destinado a fundirse nuevamente en ella, este ‘genio’ constituye “*un curieux dédoublement de la personnalité*”⁸ que confirma la presencia divina en el interior del hombre y se configura como la sola condición racional de un ‘deber

⁴ Cf. Marc-Aurèle (1939: v).

⁵ Cf. Soleri, (s/d: 25-26).

⁶ Así lo afirma Aimé Puech, en: Marc-Aurèle (1939: xii).

⁷ Vienen a las mentes nombres como los de Lucrecio, Horacio, Propercio o Séneca.

⁸ Según A. Puech, en: Marc-Aurèle (1939: xviii).

ser', a la vez natural y moral, frente a la cual cada uno, mientras está siendo, puede medirse, compararse, juzgarse.

Los diálogos con esta 'razón interior', sembrados de las múltiples y dispares impresiones que la vida imprime en cada día, encuentran su lugar en la escritura. Como no podía ser menos en quien experimenta, tanto por temperamento natural como por educación, la necesidad de escribir. Su rico epistolario a Frontón, las cartas a Faustina desde los frentes de batalla, incluso los edictos imperiales que no sólo firma, sino escribe⁹, hablan de un emperador que sabe hacerse tiempo para cincelar, pulir, embellecer la palabra. Sin embargo, sus *Soliloquios*, quizás con la sola excepción del libro I que fue compuesto al final, manifiestan descuidos, matices formularios y el desorden de apuntes escritos sin tiempo de corrección, al correr de los escasos ocios de la guerra y ordenados en un todo, quizás entre las prisas de los preparativos de campaña, ante el pedido de los amigos.

Puede preguntarse por qué alguien tan ejercitado en los dorados períodos de la prosa latina elige para dar forma a sus meditaciones al paso un griego trabajado en sintagmas generalmente sencillos, de lectura ágil, exento de dificultades mayores. ¿Por qué no haberlas entregado al latín? En una primera respuesta se podría pensar en el contenido filosófico de las mismas, en una cierta imitación del lenguaje formulario de Epicteto, en un desprecio último y enérgico de la retórica frontoniana.

Sí. Seguramente. Pero también y en no poca medida ha de deberse a que desde muy pequeño habló y escribió corrientemente el griego, que esta lengua tuvo en su proceso de aprendizaje un lugar paralelo al latín materno y que, andando los años, debió de haberle resultado tan propio y personal, tan íntimo, como para salvaguardar su práctica introspectiva.

Mirando hacia adentro, Marco Antonio no encontraba sólo los dogmas estoicos que constituían el deber moral de su *lógos hegemonikón*, sino un lenguaje de infancia y de juventud, aquel con el

⁹ *Ibid.*, p. v.

Respuestas antiguas y contemporáneas ante el anuncio de catástrofes: 7
Píndaro, el *Peán 9* ante el eclipse de sol y los pronósticos del cambio climático.

que su madre, matrona de rara sensibilidad, se ocupó desde un comienzo de rodearlo. Cuando Marco hallaba un momento para escribir su reflexión, la otra lengua, flexible, maleable, rápida y musical le acercaba palabras estoicas y versos de poetas y trágicos, cosas de la memoria que volvían bajo lecturas o relecturas contemporáneas. La filosofía, amalgamada por el lenguaje con la persona íntima, devino cosa interior. Las enfáticas pompas del latín imperial eran aptas para los actos oficiales del emperador, para sus relaciones exteriores -incluso Faustina, su mujer. Para todo lo que no fuera él mismo. Allí, en su intimidad más inmediata, el griego le ofrecía un cobijo más adecuado. Al llegar en el día -y sólo en algunos días- el aquí y el ahora interior donde la ley moral y el sujeto particular traban su diálogo, el emperador de los romanos, vuelto sobre sí, en su estatura más humana, ingresaba bajo el signo de Epicteto, en su luz y en su lengua.

Un diario, un cuaderno de notas.

“These Meditations do not constitute a single coherent work, and still less a portrayal of a philosophical system. They provide simply a diary of his inner life, his thoughts about things and people, quotations which he regarded as notable, together with reflections on them -all in a simple personal style, written without thought of publication”¹⁰.

Ante un comentario como este, que, casi sin variantes, suele encontrarse en los trabajos que han estudiado los *Soliloquios*, cabe preguntarse qué añade la condición de diario íntimo o cuaderno de notas personales a su comprensión profunda. Si estos escritos tuvieran la forma de un ‘trabajo coherente’ o de un ‘sistema filosófico’, el lector de cualquier época hubiera tenido muy clara la perspectiva desde donde leerlos y enjuiciarlos. Sin embargo, la ambigüedad parece haber predominado en relación con estos escritos que ocupan un lugar marginal en las historias de la literatura romana o apenas se

¹⁰ Löfstedt (1958: 193).

mencionan como final de la concepción estoica antigua en las historias de la filosofía. Paradójicamente es en su condición de diario íntimo como estas reflexiones personales se dejan aprehender en profundidad. Lejos de ser un modo menor o insuficiente de configuración artística, el diario se vuelve en este caso el instrumento más idóneo para canalizar la necesidad de reflexión y de expresión artística del sujeto.

La literatura de la memoria ha ocupado y ocupa de manera intensa los estudios literarios contemporáneos. Es lícito pues en este punto acercar algunas reflexiones teóricas actuales y confrontarlas con el caso de la escritura aureliana a fin de arrojar claridad sobre sus posibles interpretaciones.

Atendiendo a una definición, Laura Freixas afirma: “El diario íntimo podría ser -¿qué otro género puede ocupar hoy ese espacio?- una reflexión, en primera persona y enraizada en la cotidianeidad, sobre la condición humana y el sentido de la vida”¹¹. A partir de conceptos de Alain Girard, pionero en estos temas¹², la estudiosa española enuncia los rasgos que caracterizan el diario íntimo y lo diferencian del dietario. En el primero señala un predominio de lo afectivo; la escritura nace de las experiencias de la vida cotidiana y, generalmente, puede estar fechada. Por el contrario, en el segundo, importa lo intelectual, tiene carácter intemporal -se penetra en la intimidad del pensamiento del autor, pero no en las circunstancias de la vida que lo generan- y no es diario, ni íntimo. Los *Soliloquios* parecen estar más cerca de este último, si bien no siempre la afectividad queda silenciada ni tampoco sus meditaciones tienen otro entorno que no sea la más clausa intimidad. Enteramente recogido dentro de sí murmura sus reflexiones en un tono menor, ahuecadamente interno, como el que se escucha en la siguiente reflexión:

“¿Llegarás alguna vez, oh alma mía, a ser buena, sencilla, uniforme, sin rebozo y más patente a los ojos de

¹¹ Freixas (1996: 12).

¹² Cf. Girard (1963).

Respuestas antiguas y contemporáneas ante el anuncio de catástrofes: 9
Píndaro, el *Peán 9* ante el eclipse de sol y los pronósticos del cambio climático.

todos que ese cuerpo de que estás vestida? [...] ¿Estarás, en fin, algún día, en condiciones de vivir con los dioses y los hombres en tal conformidad que no tengas motivo para quejarte de ellos, ni dar causa para que ellos te condenen?"
(X, 1)

O, en un tiempo en que ve morir a su hermano, a su esposa, a uno de sus hijos:

“¡Cuántos de aquellos con quienes entré en el mundo ya salieron de él!” (VI, 56)

Queda nuestro texto a medio camino entre diario y dietario. Tiene del primero la marca indirecta de la vida cotidiana y una honda melancolía que dibuja sus arabescos en la superficie de los afectos. Tiene del segundo la sucesión de pensamientos -dogmáticos o no-, la naturaleza fuertemente intelectual de lo escrito y su prescindencia de relatos de circunstancias. De todos modos, el texto se construye en un marco estricto de intimidad, como enunciado de un yo, sujeto que expresa verbalmente un proceso de observación y enjuiciamiento de sí.

El yo representado

Esta actitud introspectiva implica, en términos contemporáneos, la construcción de una intimidad en la que el sujeto se auto-reconoce. La reflexión posmoderna habla de ‘representaciones’ del yo, reales o imaginarias; distintas imágenes mentales que cada uno tiene acerca de sí mismo y de los demás y de que dispone en la interacción con ellos. Carlos Castilla del Pino, por ejemplo, afirma la elaboración de diferentes yo para cada actuación o representación. Pluralidad almacenada y registrada por un ‘sujeto’ o función psicológica que se encarga de construir el yo actual en cada caso: “El sujeto (alguien) es el que confiere la conciencia de la unidad de todos los yos que lleva, ha llevado o

puede llevar a cabo, y de ser el mismo, como sujeto, en todos los suyos”¹³.

Este sujeto, disociado del yo de la actuación, reconoce su disociación de modo metafórico –‘como si’ estuviera disociado. Lo patológico comienza cuando la disociación se experimenta como real¹⁴.

La escritura del yo en nuestro mundo posmoderno parte de la convicción de un desdoblamiento esencial que lleva a una persona a encarar, a sabiendas o no, con distintos rostros la multiplicidad de lo real. El planteo, que trae a la memoria máscaras pirandellianas, es diametralmente distinto del que explica el movimiento de reflexión e introspección que, para sí, realiza Marco Aurelio.

En su caso, mediante la conciencia de sí mismo, el propio sujeto se desdobra y se observa en lo que es. No ‘construye’ una imagen, sino se encuentra con algo que existe de antemano. La diferencia resulta abismal ante un sujeto que re-conoce en sus conductas y actuaciones una imagen –a veces satisfactoria, a veces objeto de rechazo– de sí mismo, de su yo, y un sujeto que construye cada vez -y no pocas veces reciclando sus antiguos yo– su imagen actual. Si al interpretar el texto antiguo nos situáramos de un modo

¹³Castilla del Pino (1996:16).

¹⁴ Castilla del Pino afirma, siguiendo al psicólogo W. James, “una radical disociabilidad del sujeto” en la cual distingue el sujeto del yo de actuación. Un problema que puede plantear esta disociación que el sujeto reconoce como ‘metafórica’ y que se diferencia de la ‘auténtica’ que acontece en los cuadros patológicos, sería el establecer con claridad el límite que separa la salud de la enfermedad. Una ancha zona de frontera, gama de intensidades varias en el reconocimiento que el sujeto puede hacer de sí, y que en el s. XX han sido ejemplificadas con claridad por el teatro o la narrativa de un S. Beckett, por ejemplo - a cuyos personajes convienen estos rasgos psicológicos -, sería impensable en personajes literarios antiguos y, muchísimo menos, en textos líricos, elegíacos o meditaciones como esta de Marco Aurelio. Nunca un antiguo se plantearía, como lo ha hecho un hombre moderno (desde Shakespeare y Cervantes en adelante) y lo hace hoy un posmoderno, su realidad espiritual como duda entre cordura y locura.

parcial en una perspectiva que tuviera en cuenta únicamente la naturaleza psicológica que mueve la escritura del yo en nuestro tiempo, resultaría difícil justipreciar el repliegue que Marco Aurelio ejecuta sobre un sí mismo ya conocido y que, amplificado en la escritura, debe ser evaluado en su adecuación con la norma natural y moral que rige el universo.

¿De qué supuestos o saberes parte un emperador romano para sus meditaciones? El estoicismo antiguo afirma que el hombre se compone de cuerpo, alma y razón.

En relación con esto, Marco Aurelio explica:

“Cuerpo, alma, inteligencia. Del cuerpo son los sentidos; del alma, los apetitos; de la inteligencia, las doctrinas. [...] lo propio del hombre de bien es [...] el deseo de no manchar jamás el espíritu que habita en su pecho, ni perturbarlo con un tropel de imaginaciones; por el contrario, ha de mantenerlo alegre y sabiamente sujeto a la divinidad; siempre fiel a la verdad en sus palabras y a la justicia en sus actos”. (III, 16)

Y con Epicteto, en el suave perfume de antiquísimas creencias pitagóricas y platónicas, afirma que en la mente habita el *daimon*, ese genio, que no es sino *logos*, razón que conduce y gobierna la totalidad¹⁵. Capacidad humana, pero de naturaleza divina, que sirve de mediación, de lazo entre lo sobrenatural y lo humano; zona de pensamientos, de conocimientos que indican al sujeto concreto la conducta correcta; no mero raciocinio de lo conveniente, sino inteligencia partícipe de una razón universal, que sabe en qué consiste el deber ser de los actos humanos.

Mantener feliz a este genio constituye una de las metas del hombre bueno. En tanto la totalidad del sujeto se deje controlar por el

¹⁵ Cf. en relación con esta concepción formulada antes por Posidonio, Bevan (1959: 103 ss). El tema es desarrollado con toda claridad también en Vernon Arnold (1958: 246).

principio que lo habita, se hace parte de la *ratio* trascendente sobre la que se asienta el devenir armonioso de todo lo que existe. El genio interior da el tono del acorde y todo lo que no responda a su orden quiebra la posibilidad de la armonía.

“El espíritu interior es aquella parte que se despierta a sí misma, se modifica, y se hace tal como ella quiere y también hace que los acontecimientos le parezcan como ella quiere”. (VI, 8)

Esta afirmación, descontextualizada, podría inducir a creer que el *daimon* aureliano es un principio constructivo de la personalidad individual tal como, según vimos, se piensa hoy la noción psicológica de ‘sujeto’. Nada más inexacto. El espíritu interior, partícula desprendida del *logos* fundamental, tiene la posibilidad, en tanto razón, de cotejar el deber moral con sus realizaciones. Hecho lo cual queda habilitado para obrar voluntariamente, para tomar conciencia y modificar dichas realizaciones de acuerdo con lo que la *ratio* tiene dispuesto como mejor. Puede entonces prescindir de la ‘representación’ de los sentidos, oponiéndole la voluntad del obrar virtuoso. En este sentido se dice que ‘los acontecimientos le parezcan lo que ella quiere’, porque su ‘querer’ no es otro que el deber ser que armoniza su devenir con el devenir de todo lo creado.

Razón por la cual este *logos* puede ser *hegemonikón*, es decir, razón que gobierna, pues puede acomodar la percepción de los acontecimientos a lo que manda la pauta moral. Sólo entonces el hombre deviene libre; libre de sus ataduras corpóreas, de sus afecciones perturbadoras. La sujeción al *daimon* o divinidad interior le garantiza el amparo de una fuerza mental que lo trasciende y lo justifica.

Marco Aurelio está en conocimiento de conceptos psicológicos estoicos. Esto es, comprende el alma a veces como principio sensible, a veces como espiritual. En tanto principio racional, debe regir la vida del hombre. Sabe que el impulso natural o instinto pertenece al alma sensitiva y que es activado por las impresiones o

representaciones sensibles. Esto lo convierte en 'afecto' (*pathos*) y, cuando es desorbitado, se convierte en padecer, en un 'estar afectado'. Por eso encomienda su conducta a la dirección prudente de su genio interior. J. Hirschberger precisa estos conceptos ampliándolos como sigue:

“Si el alma racional logra tener firmes las riendas del apetito e instinto, de modo que los movimientos de nuestra alma, que entran en juego con el instinto, resultan ordenados y el hombre se hace con ello una imagen del macrocosmos, un microcosmos regido por la razón exactamente como aquel, tenemos entonces la “voluntad”, que es siempre un apetito racional”¹⁶.

El 'genio', nada sino alma racional, es a un tiempo capacidad noética y voluntad, las cuales oponen el principio moral a la tendencia de los afectos innobles; su principal cualidad consiste en habitar el interior del hombre y hacer posible el diálogo del sujeto consigo mismo.

Otro fenómeno capital observado por la psicología estoica es el de la conciencia:

“El estoicismo parece también haber sido el primero en acuñar una palabra peculiar para la conciencia de los propios estados internos, *synásthesis*. El animal tiene una conciencia instintiva de la conformación de su cuerpo, un *sensus constitutionis*, y el hombre tiene también una conciencia de sus estados psíquicos, por ejemplo, de su debilidad e incapacidad en las cosas necesarias de la vida”¹⁷.

¹⁶Hirschberger (1968: 226).

¹⁷Barth (1930: 104).

De modo muy claro ha aprehendido Marco Aurelio esta noción. Sólo el hombre de bien -lejos a un tiempo de la bestia, del hombre afeminado, del racionalista ateo, del criminal inteligente (III, 16)- puede dirigir hacia sí la mirada de una lúcida prudencia y corregir el rumbo de sus conductas. Bellamente dice:

“No todos saben los sentidos de estas palabras: robar, sembrar, comprar, descansar. No son los ojos del cuerpo, sino otra especie de vista la que distingue lo que se debe hacer”. (III, 15)

O enuncia el diálogo entre conciencia y *daimon*¹⁸:

“¿Qué es para mí presentemente mi espíritu interior? ¿Qué hago ahora? ¿A qué fin le hago servir al presente? ¿No está privado de inteligencia? ¿No está arrancado y separado de la sociedad? ¿Está tan fuertemente adherido y confundido con la carne al punto que comparte con ella todas las agitaciones?”. (X, 24)

Un espacio para el yo

Castilla del Pino expone la noción de un espacio o “escenario de representación” del yo. Los distintos ámbitos de interacción del yo constituyen sendos escenarios que inscriben las conductas humanas en escenarios ya íntimos, ya privados o públicos y determinan las variantes de conducta del sujeto¹⁹. Tanto lo privado

¹⁸ Con respecto al examen de conciencia como práctica estoica, leemos en Vernon Arnold (1958: 236) “[...] It is a daily examination of his soul, to know whether it is in tune with the purposes of the universe [...]”.

¹⁹ Afirma: “las actuaciones humanas son *representaciones* porque tienen lugar en un escenario en el que los personajes, los yos, [...] se maquillan de acuerdo con el tipo de escenario en el que han de actuar.” Castilla del Pino (1996:18). Para estos conceptos, cf. pp. 17 y ss.

como lo público ponen al sujeto en relación con otros yo y lo obligan en cada caso a construir alternativas permanentes de respuesta salvando en cada caso su autoestima. Sólo el espacio íntimo posee la propiedad de ser observable únicamente por el sujeto; pero, incluso en él, el yo puede transgredir la verdad.

Puede admitirse que las conductas exteriores -públicas y privadas- de un emperador responden a lo que la sociedad espera de un hombre de tal rango y función. Sin embargo, las referencias históricas nos muestran a un Marco Aurelio que lleva a la práctica el virtuoso modelo de Antonino Pío y se esfuerza en todos los casos por reprimir cualquier tentación que le acerque el poder omnímodo que reúne en su mano.

“Mira bien no te transformes en César de pies a cabeza, ni te revistas de este carácter de soberanía y majestad, como suele suceder. [...] Muéstrate en todo discípulo de Antonino [...] Imítalo, pues, en todo esto, para que la última hora de la muerte te encuentre con tan buena conciencia como a él lo encontré”. (VI, 30)

Incluso limitará su afición a la lectura de obras literarias y filosóficas ante las pullas y censuras de los hombres del entorno político. Si en sus espacios públicos y privados el emperador se comportó como tal, por lo menos demostró que más que configurar una imagen de lo que ‘era costumbre o presumible’ en un emperador romano, asumió conductas que buscaron hacer lo que el ejemplo de los mejores había enseñado que ‘debía ser’ y no, precisamente, de un modo teórico:

“No se trata, en ningún modo, de discutir sobre lo que debe ser el hombre de bien, sino de ser hombre de bien”²⁰. (X, 16)

²⁰ ¡Y tan romana que resulta esta conducta en su epigramática certeza!

Hoy, un 'escenario íntimo' se define como un espacio 'virtual', esto es, mental o construido en la mente del sujeto, quien coloca allí a un yo que lo representa y que se pone en relación coherente con el yo de los otros, también representación o constructos del sujeto. Las vivencias de este estado íntimo pugnan por exteriorizarse en el escenario privado por medio de la confidencia, o en el público, por medio de entrevistas, de diarios, de televisión y también, de la llamada 'literatura del yo'²¹.

Con la salvedad hecha líneas arriba sobre cómo interpretar en el mundo antiguo el concepto de 'representación' del yo, resulta iluminadora en Marco Aurelio esta virtualidad o interioridad mental del acto de dialogar consigo mismo o con su *daímon* interior. Sólo en la silenciosa simplicidad de este espacio íntimo, el emperador se siente libre para hacer el examen de lo que es.

"Muchos para su retiro buscan las casas de campo, las orillas del mar, los montes; cosas que tú mismo solías desear con anhelo; pero todo esto es una vulgaridad, teniendo uno en su mano el recogerse en su interior y retirarse dentro de sí en la hora que le diere la gana. En efecto, en ninguna parte tiene el hombre un retiro más quieto ni más desocupado que dentro de su mismo espíritu, sobre todo cuando encierra aquellos bienes hacia los que es suficiente inclinarse para recobrar la paz. La que yo llamo ahora tranquilidad no es otra cosa que un ánimo bien dispuesto y ordenado". (IV, 3)

En medio de esta soledad consigo, ningún engaño podría mediar. Recordemos el modo como ya vimos que se dirige a su alma, siempre difícil de dejarse gobernar, en X, 1. Es inverosímil pensar que alguien que habla de sí y de la condición humana con tal agudo sentido de su nimiedad, de su miseria y pequeñez esenciales, puede

²¹ Cf. Castilla del Pino (1996:21-22).

estar fingiendo o enmascarando su yo ante la propia mirada -es indispensable no perder de vista que este estar a solas implica la presencia permanente y recoleta de su *logos hegemonikón*, ya sea que esté dialogando explícitamente con él o que, sin nombrarlo, se dirija a sí mismo.

El hecho mismo de hacer conocer en su círculo privado estas anotaciones de cuaderno, hiladas en principio para sí, no podría entenderse dentro de su contexto biográfico e histórico sino como una renuncia -otra más- a la deferencia que él mismo se había concedido de poner por escrito algo que no hubiera debido salir del cerco íntimo, quizás en la creencia -real, por lo demás, si pensamos en sus allegados más cultos- de que la propia tarea de adecuar la vida al mandato del 'genio' pudiera servir a otros. Decisión que sólo puede haber sido alumbrada por la certeza de una veracidad indudable.

Una tarea para la intimidad

En el marco de lo que Castilla del Pino denomina 'funciones de la intimidad' aparece otra diferencia esencial con el pensamiento antiguo:

“La intimidad es un espacio reservado [...], un “espacio protegido” en donde se conservan las más raras especies de yos y, por tanto, del comportamiento humano, la mayor parte de las veces insospechado para los demás. [...] El sujeto dispone así de un ámbito de libertad que usa para actuaciones sin testigo”²².

En este lugar, a salvo de condicionamientos externos, el hombre posmoderno encuentra la libertad de auto-construir diversos yo liberadores, siempre recónditos y en donde incluso la mendacidad es propia e inherente al sujeto mismo²³. No obstante, allí también

²² Castilla del Pino (1996:24).

²³ *Ibid.*, p. 27.

actúan las ideas, preconceptos, imágenes del mundo exterior, es decir “el poder en cualquiera de sus formas”²⁴ que determina la conducta íntima del sujeto. Creencias tales como las de un Dios “omni-observador”, generan, según el teórico español, un estado de “insostenible angustia ante la privación de la libertad de su espacio interior”, pues “quien lee sus pensamientos (alguien al que se dota de un poder superior) sabe qué puede hacer, qué puede desear, qué puede sentir”²⁵.

¿Cómo integrar la autorreflexión de Marco Aurelio en este modo de pensar, si a cada paso encontramos anotaciones del siguiente tenor espiritual?

“Recógete dentro de ti mismo. La razón que te gobierna vivirá por naturaleza contenta consigo misma, obrando con justicia y logrando, además de eso mismo, la tranquilidad más apetecible”. (VII, 28)

La distancia es gigantesca. Nuestro tiempo ha derogado un principio vigente *sine qua non* para el hombre romano: el de la virtud. Valor social, por cierto, aprendido desde la infancia y entendido como necesario para regular las relaciones interpersonales de una comunidad. Una práctica de selección de conductas en orden a una jerarquía moral, aceptada sin discusión como inmejorable.

El autocontrol que este emperador ejerció de manera consecuente a la luz de su *daimon hegemonikón* es el único dispositivo de la conducta individual que posibilitaba, a sus ojos, el dominio de lo exterior para salvaguardar la anhelada *ataraxía*. Por el contrario, para el teórico posmoderno es una secuela interior que desde la más temprana edad dejan las vidas privada y pública para homologarse con la íntima. Autocontrol en este contexto no es sino ‘represión’, ‘coerción aprendida’. Ha caducado incluso el concepto de

²⁴ *Ibid.*, p. 25.

²⁵ *Ibid.*, p. 26.

Respuestas antiguas y contemporáneas ante el anuncio de catástrofes: 19
Píndaro, el *Peán 9* ante el eclipse de sol y los pronósticos del cambio climático.

“super yo” que acuñó el psicoanálisis temprano del siglo XX como mecanismo psicológico de contención, de equilibrio entre el sujeto y sus apetencias instintivas; función que, entre otras cosas, armonizaba las conductas del individuo ante la sociedad.

El tema vuelve evidentes tres instancias conceptuales marcadamente diferentes en el devenir de la historia: la idea de virtud -vigente con variantes desde la antigüedad hasta el fin de la modernidad-, el puente psicoanalítico que construyó la modernidad de principios del siglo XX y, en tercer lugar, la convicción posmoderna. El autodomínio, que para Marco Aurelio constituía la libertad interior definitiva, resulta hoy exactamente su antípoda conceptual, es decir, un mecanismo coercitivo de la libertad individual.

Diario y filosofía

Alain Girard enuncia en su *Le journal intime* (1963) una serie de temas que aparecen en los diarios del s. XIX, precedentes del intimismo del s. XX.

“[...] la huida del tiempo, que hace del yo de hoy un yo distinto del de ayer, la movilidad de las impresiones que hacen que se perciba a sí mismo como múltiple y contradictorio, el sentimiento de [...] extrañeza que ello produce, la voluntad de ser sincero [...], la impresión de que el espíritu flota sobre un fondo oscuro [...]”²⁶.

De entre ellos, algunos se dejan ver también en la textura de los *Soliloquios*.

Un ejemplo:

“La duración de la vida humana es como un punto; la materia del hombre es un flujo perpetuo; sus sensaciones

²⁶ Cf. Girard (1963: 34).

son un oscuro fenómeno; todo su cuerpo, una masa corruptible; su alma, un torbellino; su destino, un enigma insoluble; su reputación, una cosa indefinible. En resumen, todo lo que es del cuerpo es como un río; todo lo del alma, sueño y vapor; la vida, una guerra perpetua o la corta detención de un peregrino; la fama de la posteridad, un olvido. ¿Qué nos puede guiar entonces?" (II, 17)

El contexto histórico que rodea los diarios íntimos del siglo XX no carece de rasgos homologables con los difíciles años de Marco Aurelio. Son tiempos de transición, de inestabilidad generales. Si la modernidad y la posmodernidad marcan una escisión fundamental con los modos culturales de Occidente tal como han existido desde la antigüedad -sirva de ejemplo la reacción ante el logocentrismo y la apuesta por las culturas de los márgenes que desarrolló el post-estructuralismo en Europa y Estados Unidos -, esto es, el fin de un mundo histórico mientras se opera simultáneamente el diseño de otro, no fue menos crítica la etapa que se abrió a la muerte de Marco Aurelio. Casi dos siglos de desórdenes minaron definitivamente la estructura del Imperio hasta el gobierno de Constantino. Podría pensarse que el último de los Antoninos fue también el último emperador que lo gobernó con el espíritu con que había nacido en tiempos de Augusto. Algo fortísimo había cambiado y no tendría retorno hasta que se produjera el final. Se advierte cierto agostado cansancio en la vida cultural. Una percepción de anonadamiento habita, angustiada, en el interior del hombre. Es natural que períodos históricos análogos propicien un cultivo común de determinados géneros literarios.

Sin embargo, para Marco Aurelio queda una posibilidad redentora de que carecen los escritores contemporáneos. Si retomamos el texto anterior, sigue así:

Respuestas antiguas y contemporáneas ante el anuncio de catástrofes: 21
Píndaro, el *Peán 9* ante el eclipse de sol y los pronósticos del cambio climático.

“¿Qué nos puede guiar entonces? Una sola y única cosa, la filosofía [...]”. (II, 17)

Nos hallamos ante una gran diferencia. La escritura autobiográfica es en Marco Aurelio el código que le permite exteriorizar un proceso espiritual que, ante la evidente indigencia de la condición humana, hundida en la mezquindad de la historia que ella misma ha construido, ha dirigido la mirada del hombre hacia sí mismo, hacia un lugar de coexistencia con la ley moral divina. Este proceso nunca hubiera sido posible sin el estoicismo y sus maestros. Por eso, la reflexión con que se cierra el libro segundo, escrito como el mismo emperador consigna al final, en Carnuto, villa de Panonia, durante los preparativos de la interminable guerra contra cuados y marcomanos, es la más clara afirmación de la unión entre vida y filosofía, entre diario íntimo y filosofía:

“Ahora bien, la filosofía consiste en conservar puro y sin ignominia el espíritu o mente interior, en mantenerlo superior al placer y al dolor, lejos de obrar sin reflexión, lejos de toda falsedad y ficción, contento consigo mismo [...], conforme con todo lo que viniere, y satisfecho con la parte que le tocara, ya que todo viene del mismo lugar de donde él ha venido [...]”. (II, 17)

La filosofía ha cristalizado en ética. Muy romano, este emperador que vive y se ve vivir, juzgándose desde la mirada de su ‘genio’, advierte qué tiene la filosofía de indispensable para un hombre de acción como él, en qué medida cada máxima estoica lo ayuda directamente en el oficio de cada día. Nada de extraño tiene pues que vuelque en las notas sueltas de un diario los momentos en que, escritura mediante, la dificultad de vivir se encuentra con la pauta que le endereza el camino hacia aquella pureza y dignidad del espíritu interior.

Escritura mediante. He aquí un punto donde cabe detenerse. Philippe Lejeune afirma que “antes que un texto, el diario es una *práctica*”, que “llevar un diario es ante todo una manera de vivir”²⁷. Escrito por y para el propio sujeto, cargado de sobreentendidos, “su metadiscurso es un ritual que debe interpretarse”²⁸. Literatura del yo, franja de creación cuasi-artística, en donde la forma es una práctica mágica, un modo de ayudar a nacer.

Marco Aurelio descansa de su rango, olvida la silla imperial, se repliega en un rincón de su tienda de campaña y, aislado de todo, recuerda versos de Eurípides y de Homero o se amonesta a sí mismo con imágenes sencillas y cotidianas, cargadas de lirismo, sin narraciones de hechos o situaciones, que evaden la más mínima carga retórica. Es tangible su esfuerzo por esquivar el peso ‘literario’ –en el peor de los sentidos– que agrave o vuelva artificial la palabra vehículo de la persona misma. Sirvan a modo de ejemplo las citas siguientes:

“Lo que fuere, pues, realmente bello, de nada más tendrá necesidad como no la tiene la ley, la verdad, la benevolencia y el pudor. [...] ¿Pierde acaso su valor la esmeralda porque no la elogien? ¿Se hace por ello menos apreciable el oro, el marfil, la púrpura, la espada, la florecilla, el arbusto?” (IV, 20)

“Vemos sobre un mismo altar que arden muchos granos de incienso, de los cuales los unos caen antes y los otros después, pero nada importa el orden con que caen”. (IV, 15)

“Procura pasar, pues, este punto indivisible de tiempo conforme con la naturaleza y muere con serenidad, tal como la aceituna madura cae bendiciendo la tierra que la ha nutrido y plena de gratitud por el árbol, su padre”. (IV, 48)

²⁷ Lejeune (1991: 58)

²⁸ *Ibid.*, p. 59.

Gratitud. Un gesto permanente en este emperador de los romanos. El diario de notas trazadas al correr de pensamiento y sentimiento, de formas simples y con el desorden de lo que está vivo, será publicado en un espacio privado antes de la última campaña, pero no sin un especial cuidado de las formas en el libro I que, escrito al final, encabezará ahora su obra.

En él, una letanía de agradecimientos discurre como una corriente cristalina detrás de la fórmula *pará* + genitivo: “mis recuerdos para tal y tal”; o bien, “le debo a ...” tales y tales virtudes e incluso sus defectos. La forma se ordena formando una espiral. Primero, gratitud hacia su linaje (abuelo, padre, madre, bisabuelo, ayo); luego, hacia sus maestros (Diognetes, Rústico, Apolonio, Sexto, Alejandro, Frontón); hacia sus amigos (Catulo Cinna, su hermano Severo, Maximo); hacia su padre adoptivo, el emperador Antonino. Los dieciséis agradecimientos acaban en un círculo final, el de mayor extensión, que lo engloba todo: la gratitud a los dioses, porque de ellos han procedido todos los bienes anteriores. El yo inicia el libro que habla de sí mismo, describe una amplia órbita de relaciones humanas y sobrehumanas y acaba en él mismo, fundido finalmente en la causa divina que lo origina, localizando en el espacio y en el tiempo el acto de agradecimiento, “en territorio de los cuados, a orillas del Gran”:

Πάντα γὰρ ταῦτα θεῶν βοηθῶν καὶ τύχης
δεῖται.²⁹(I, 17)

Conclusión

²⁹ “Pues todas estas cosas provienen de los dioses y de la fortuna”. El ritmo de la anáfora ‘παρὰ τοῦ’ se quiebra sólo al final en la categórica afirmación del nominativo neutro que engloba la totalidad de los bienes largamente enumerados a lo largo del libro.

Al enunciar los rasgos del género en España, Anna Caballé, que ha señalado la falta de correspondencia entre lo íntimo y lo ajeno como el “mimbre” donde el diario teje su estructura, observando cómo hasta la anotación mínima exige un espacio y un tiempo de repliegue, indispensables para el acto de composición, se refiere a la forma misma de la materia verbal en estos términos: “El diario suele apoyarse en una escritura de gran pureza, [...] en su organización y estructura no están presentes las ataduras impuestas a la estructura literaria”³⁰.

Esta experiencia de pureza -diría mejor, casi de inocencia- en la expresión autobiográfica es inmediata y tangible para el lector de Marco Aurelio. La mirada del escritor cae recta, directa sobre las cosas, los hechos, los hombres. Se detiene fugazmente en ellos, lo suficiente como para advertir su carácter de símbolo. Todo está ahí para que el emperador decodifique qué significan en el universo lo mirado y él mismo. Un ademán sin testigos, de hombre culto que modela en palabras propias o ajenas la fluyente existencia de lo otro, y que tiene algo de desamparo, de gesto originario, de conmovedora humildad con que su lector se siente inmediatamente identificado.

Hemos señalado en el desarrollo de este estudio diferencias radicales entre las prácticas literarias modernas, con sus correspondientes teorías, y el ejercicio antiguo del género. Es evidente que resulta cuando menos frívolo juzgar sin tamicos los escritos del mundo clásico a la luz de reflexiones posteriores. La recepción de estos textos debió hacerse cargo de un concepto de individuo, de personalidad individual, que no es el moderno ni el posmoderno. De allí el escaso ‘éxito’ que hoy tiene este texto tan leído y hondamente disfrutado hasta mediados de los años ‘60, en el siglo que acaba de terminar.

¿Son los *Soliloquios* aquello que circula ahora bajo la denominación de ‘literatura de autoayuda’? Quizás podrían ser leídos en ese sentido por algún lector contemporáneo. Pero nuestro lector

³⁰ Caballé, A. (1991: 143 ss)

posmoderno rápidamente o quizás con desconcierto advertiría que hay mucho más en las varias anotaciones del libro. El plus es lo que ha determinado que Marco Aurelio sea mencionado en la fase final de la historia del estoicismo como uno de sus representantes más conspicuos. Sus críticos modernos -Martha, Renan, Löfstedt, Puech-, a sabiendas de que transgredían usos académicos, no pudieron reprimir el tono de un entusiasmo que sintieron como inmenso ante la talla gigantesca de este solitario, que, sin eternidad, sin redención prometidas, se recoge en el fondo de sí mismo para encontrar allí su tranquilidad. Marco Aurelio, erguido sobre su caballo de bronce, no es más imponente que en la sencillez estoica de su diario. Por el contrario, es en estas notas deshilvanadas donde se tiene la certeza de su actualísima humanidad:

“We must recognize that there are but few figures in history who have united so much humble humanity with so much lofty royalty, so much purity of thought and feeling with so much determination and consistency in action; we must recognize that there are few who deserve better than he to represent to posterity the four great gospels which the spirit of antiquity left to future generations, and which are these: the gospels of freedom and courage, of humanity and of duty.”³¹

Apeado del caballo, bajo la luz mortecina de hachones de campaña, con el cuerpo extenuado por la enfermedad y las penurias, el emperador, victorioso sobre sí ganaba para el imperio algo más que la defensa de sus fronteras. Sin quererlo ni saberlo, ampliaba también su territorio histórico añadiendo un espacio que por ser ahincadamente íntimo e individual pudo ser compartido por otros

³¹ Löfstedt (1958: 204).

muchos, incluso quien reflexiona en estas líneas, a lo largo de los siglos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTH, P. (1930). *Los estoicos*. Madrid.
- BEVAN, E. (1959). *Stoics and Sceptics*. Cambridge, Heffer and Sons.
- BICKEL, E. (1987). *Historia de la literatura romana*. Versión esp. de José M. Regañón López. Madrid, Gredos.
- CABALLÉ, A. (1991) "El diario íntimo en España". En: *Suplementos Anthropos*, nº 21, Barcelona.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1996). "Teoría de la intimidad". En: *Revista de Occidente*. Madrid, Fundación Ortega y Gasset, julio-agosto, nº 184.
- FREIXAS, L. (1996). "¿Auge del diario íntimo en España? En: *Revista de Occidente*. Madrid, Fundación Ortega y Gasset, julio-agosto, nº 184.
- GIRARD, A. (1963). *Le journal intime*. Paris, P.U.F
- HATJE, U. (directora) (1971). *Historia de los estilos artísticos. Desde la Antigüedad hasta el Gótico*. v. 1. Madrid, Istmo.
- HIRSCHBERGER, J. (1968). *Historia de la filosofía*. v. 1. Barcelona, Herder.
- LÖFSTEDT, E. (1958). *Roman literary portraits*. Translated by P.M. Fraser. Oxford, Clarendon Press.
- LEJEUNE, P. (1991). "La práctica del diario personal: una investigación". En: *Suplementos Anthropos*, nº 21, Barcelona.
- MARC-AURÈLE (1939). *Pensées*. Texte établi et traduit par A. I. Trannoy. Préface d'Aimé Puech. Paris, Les Belles Lettres.
- MARCO AURELIO (1946). *Soliloquios*. Trad. de Don Jacinto Díaz de Miranda. Revisada por J. M. de Estrada. Buenos Aires, Angel Estrada Editores.
- SOLERI, G. (s/d). *Marc' Aurelio*.
- VERNON ARNOLD, E. (1958). *Roman Stoicism*. London, Routledge and Kegan.